

Claro está que el príncipe que se entretiene en mandar un carro no queda carretero; pero queda caracterizado de baja inclinación; deja hecha una probanza de que si no fuera rey, fuera hombre ordinario.

El rey ha de procurar obrar en todo de tal arte, que haga creer que si no hubiera nacido rey, fuera sin razón de los Astros que no lo fuera.

Así como ciertos mendigos viven á espensas de sus llagas, ciertos hombres explotan todo, hasta el desprecio.

Chateaubriand.

Las personas honradas lloran muchas veces á la misma hora en que se regocijan los seres perversos; así pues, el mismo momento ve llevar á cabo una acción virtuosa y otra criminal. El vicio y la virtud son un hermano y una hermana, pues han sido engendrados por el hombre: Abel y Cain eran hijos de un mismo padre.

Chateaubriand.

Una pasión dominante apaga todas las demás en nuestro corazón, bien así como el sol hace desaparecer los astros al resplandor de sus rayos.

Chateaubriand.

El que padece por Dios tiene la ventaja de hallarse siempre dispuesto á su última hora: ventaja no concedida á todos los desgraciados.

Chateaubriand.

La sencillez procede del corazón, la ingenuidad nace del espíritu; un hombre sencillo es casi siempre un buen hombre, siendo así que un hombre ingenuo puede ser un malvado; no obstante, la sencillez es siempre natural, y la ingenuidad puede ser efecto del arte.

Chateaubriand.

La voz del hombre no se reanima como la del eco: este puede dormir diez siglos en el fondo de un desierto, y responder al punto al viajero que le pregunta, pero el sepulcro jamás responde.

Chateaubriand.

RECUERDOS DE UNA ESTACION

EN LOS MARES INDO-CHINOS.

EL PUERTO DE SHANG-HAI Y LOS CHINOS DEL NORTE.

I.

Hace nueve años, en noviembre de 1851, en una de mis visitas á la capital del vecino imperio, la casualidad que tan frecuentemente proporciona relaciones en los viajes, sobre todo en París, en esa moderna Babilonia, donde van á confluír para confundirse en una, todas las razas; todas las nacionalidades, y aun podría decirse, todas las individualidades del mundo civilizado, determinando una masa informe si se quiere, y heterogénea en su esencia, pero compacta, respetable y magnífica siempre para el que la contempla; en aquel mare-magnum, digo, de gente y de confusión, deparóme mi buena estrella el conocimiento y amistad de Mr. ... capitán de navío de la marina de guerra, sugeto apreciableísimo, así por la proverbial amabilidad de su carácter, fino trato y revelantes prendas personales, cuanto por sus vastos conocimientos y superior instrucción, no solamente en la marina, si que también en casi todos los demas del dominio humano, que en gran parte poseía, en mayor ó menor escala. Las simpatías que desde luego nos unieron, las vivísimas que tenía por España; el ser yo español; la permanencia en un mismo hotel, á cuya mesa redonda asistíamos ambos diariamente, y la favorable circunstancia de pasar reunidos al calor de la chimenea, muchas de las largas y pesadas noches del invierno, que la pereza no nos dejaba ir ni aun al teatro, me proporcionaron ratos de solaz tan amenos como instructivos, y que no olvidaré nunca. En efecto, en estas noches de hastío Mr. ... entre sorbo y sorbo de rico té de la China, que él mismo preparaba, nos relataba la historia de sus viajes, curiosa y entretenida por demás, á mí y á otros varios amigos y compañeros de posada, escuchándole todos con la mayor atención, mientras le acompañábamos también á apurar cada cual su taza de lo que él llamaba su *nectar de la China*.

Entre las varias descripciones que Mr. ... nos hizo de sus distintos viajes á los mares indo-chinos, escité muy particularmente mi atención, la referente á su estancia en *Shang-ahi*, puerto de los mas importantes de aquel archipiélago, de la cual tomé varios apuntes, y que voy á relatar con la exactitud posible á la fidelidad de mi memoria, de la que no me es dado responder, sin embargo, sobre todo despues de pasados tantos años.

El 1.º de enero de 1849 decía Mr. ... salimos de Macao á bordo de la corbeta la *Bayonnaise*, á visitar los puertos que habían abierto al comercio europeo los últimos tratados concluidos con el Celeste Imperio. Despues de

una travesía de veinte y un dias echamos las áncoras en el *Yang-tse-kiang*, á la entrada del Wampou, que baña á cinco leguas de su embocadura, los muros de la ciudad de *Shang-hai*.—El *Yang-tse-kiang*, que nace en las montañas de la Tartaria Tibetana, no conserva su nombre en todo el grande trayecto que recorren sus aguas, sino que le varia tomando uno distinto, segun las márgenes que baña, así que, en el espacio que serpea entre las gargantas del Thibet, se le denomina, *Kin-cha-kiang*, ó río de las arenas de oro:—*Tu-kiang*, ó gran río, cuando sus aguas atraviesan magestuosamente tres provincias chinas; y *Yang-tse-kiang*, ó hijo del Océano, á su desembocadura en la mar.—La isla de—*Tsung-ming*,—á cuya altura se había detenido nuestra corbeta, divide en dos brazos distintos la gran embocadura del río, siendo ella, así como la gran planicie pantanosa cuyas laderas seguíamos, bancos donde estuvimos á punto de estrellarnos muchas veces—lo mismo que los terrenos adyacentes—consecuencia de los aluviones recientes del *Yang-tse-kiang*—la obra de algunos siglos, para sus aguas cenagosas.—Indudablemente el Missisipi y el río de las Amazonas, tienen mas estension en su curso; pero puede asegurarse que el *Yang-tse-kiang*, es el mayor río conocido por su profundidad y volúmen de sus aguas;—baste decir que muchos navios de linea ingleses han llegado á remontarlo mas allá de *Nan-king*, y que veinte y cuatro horas de viento favorable, habrían bastado para llevar á la *Bayonnaise* hasta los muros de esta antiquísima ciudad, que en 1842 respetó la moderación de los vencedores. Desgraciadamente nosotros no teníamos tampoco autorización para emprender este viaje: las órdenes del ministro se habían limitado á colocar nuestras columnas de Hércules en *Shang-hai*.

El 22 de enero, al amanecer nos preparamos aprovechando la marea, á penetrar en la embocadura del Wampou, río profundo también y de corriente rápida, que viene, no lejos del pueblecito de Wossung, á desaguar en *Yang-tse-kiang*.—La naturaleza ha tratado á los marineros chinos como á sus hijos predilectos y mimados,—ahorrándoles inmensos esfuerzos y sacrificios con su ingeniosa y maternal solicitud.—En efecto, en las costas del Celeste Imperio, la brisa se presenta dos veces en el año, con la misma oportunidad que si de propósito viniera á secundar las necesidades del comercio, y las solas ondas son las encargadas de arrastrar sus pesados juncos ó barcos de transporte, hasta encontrar las corrientes de los rios.—Imposible es entonces, mirar sin interés, la industria y actividad que desarrollan aquellas informes máquinas, para aprovechar la marea favorable.—Desde que la brisa se deja sentir, empiezan á chillar las garruchas y cabrestantes que ayudan malamente á desplegar su pesado velamen de esparto ó paja, y entonces lánzase todos en cerrado escuadron, sin temor á los choques y abordajes, merced á los grandes rollos de heno que cuidan de colocar en toda la estension de la borda, entregándose á la corriente y dejándose ir con la mayor sangre fria por aquella pendiente, capaz de producir vértigos á los mismos *Sampans* de los bárbaros; (1) una alta baliza colocada en la playa, entre dos mástiles encarnados, insignia del mandarín á cuyo cargo está la navegacion del río, indica la dirección que debe tomarse para entrar en el Wampou; así que, izadas nuestras velas, fuimos á colocarnos en la alineación general, y bien pronto, llevados por la marea y aspirados si puede decirse así, por la rapidez de la corriente, dimos á todo trapo en el paso, viniendo á echar el ancla en medio de los infinitos—*recei-ving-ships* y de los *clippers* ingleses y americanos, que han establecido su estacion en frente de la villa de Wossung.—

Aquí tuvimos que detenernos un dia entero; el viento era contrario y el reflujo iba á suceder á la pleamar; desde nuestra llegada al *Yang-tse-kiang* no cesaba de caer continuamente una lluvia menuda y fria como el hielo, que envolvía el río y la campiña en un crespon negro, dándole un aspecto tan lúgubre, que nunca nuestros ojos habían contemplado cuadro mas triste y sombrío.—Los capitanes de los *recei-ving-ships*, entre las que había fondeado la *Bayonnaise* segun queda dicho, contrariando el viento y la lluvia felizmente se apresuraron á venir á ofrecernos sus servicios, y á la verdad que gracias á sus ofertas, que aceptamos gustosos, debimos que se nos hicieran mas ligeras las horas de aquel desagradable dia.—

Estos oficiales tienen bajo su custodia las bodegas de sus buques atestadas de cajas de opio y barras de plata; estando prontos siempre á defender sus tesoros de los ataques de los piratas indigenas, con cuyo objeto tienen constantemente coronadas sus bordas, de cañones de bronce, haciéndolas así inabordable á la codicia de los ladrones del país, por mas que con todos sus medios de defensa no pudieran ni medio resistirse, caso necesario, contra el menor ataque del buque de guerra europeo mas insignificante; tal es su pésima construcción, y mala organización naval. La protección del gobierno chino,

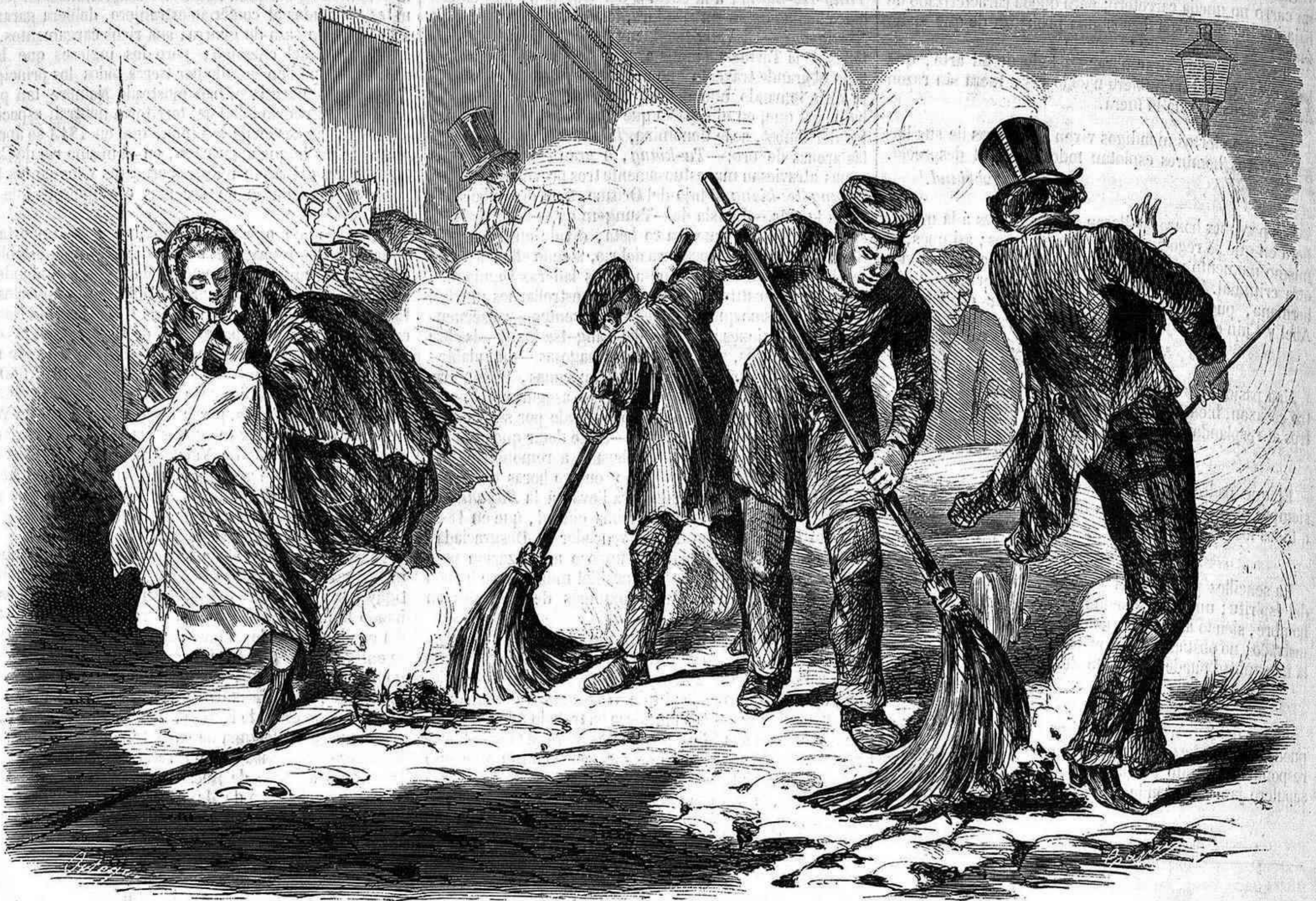
(1) En ciertos puntos de las costas de China, la marea tiene una violencia poco común.—En 1841, faltó muy poco á un *Steamer* inglés, para ser arrasado por la corriente hasta el fondo del golfo, en cuyas orillas se encuentra la capital de Che-Kiang, opulenta ciudad de *Haug-Tho-Pou*, á pesar del esfuerzo de toda su máquina, del auxilio de sus velas hinchadas por una fuerte brisa, y del de una áncora de serviola, arrojada al agua para moderar el movimiento.—El capitán inglés Collinson opina que en estos casos, la velocidad de la marea pasa de once millas por hora.

por mas que los *recei-ving-ships* se empleen en un comercio ilícito y surquen aguas no comprendidas en los límites asignados al comercio extranjero, debiera garantir sobre todo en caso de guerra, sus ricos cargamentos, de los ataques del enemigo; pero los ingleses que hace mucho tiempo han echado por tierra todos los principios del derecho marítimo, han mostrado siempre tan poco respeto á la inviolabilidad del territorio neutral, especialmente en las costas de la China, que en 1813 se apoderaron de un buque americano, en el mismo río de Canton.—¿Por qué razón nuestros cruceros y los de los Estados-Unidos habrían de ser mas escrupulosos que los británicos?

La estacion del opio en Wossung, es la mas importante de la China,—despues de la de *Cuen-sing-moun* establecida á algunas millas del puerto de Macao,—para atender á las demandas de la provincia de Canton.—Los puertos de *Lou-koug*, cerca de la gran isla de *Chou-sau*, de *Namoa* en las fronteras de *Qouang-tong*, de *Chimmo*, en las costas de *Fo-kien* de *Fou-tchon-fou* y de *Amoz*, no son mas que estaciones secundarias.—No baja de 7.000.000 de francos la suma que importa el opio vendido de contrabando á estos depósitos, por la *recei-ving-ships*—de *Wossung*, y de *Cum-sing-monug*; seria necesario penetrarse bien de las lecciones de *Vatel* ó de *Martins*, y ser mas versados que lo son generalmente los oficiales de marina, en las delicadas cuestiones del derecho de gentes, para resistir á la tentación de echar su cuarto á espaldas, como se dice vulgarmente, en este beneficioso juego.—

Nuestra llegada se sabia ya en *Shang-hai*; así que la misma tarde que arribamos, nuestro cónsul, Mr. de *Montigny* insensible á las quejas de sus conductores, desdiciendo la lluvia que le azotaba el rostro, y el mal estado del camino, movido en tales términos con las aguas, que se enterraban los piés hasta el tobillo, logró sin embargo llegar á *Wossung*, acompañado de su jóven y hábil intérprete, Mr. *Kleiskowsky*; metidos desde muy temprano en sus cajas de bambú, nuestros intrépidos viajeros, tuvieron la fortuna de encontrar próxima al desembarcadero, la canoa de un *recei-ving-ships*, que los transportó á bordo de nuestra corbeta.—Grande fue la alegría que el bueno de Mr. de *Montigny* experimentó al verse entre sus compatriotas;—pocas personas han conservado tanto como este excelente sugeto, ese amor de su país, ese culto apasionado, esa entusiasta admiración, que hace cincuenta años, todo francés hacia gala de profesar á su patria.—Hombre de semejante temple, podía desembarcar, sin peligro, no digo en las costas de China, sino en la tierra de los *Lotofagos*; así que ni el destierro de *Shang-hai*, ni las cenagosas orillas del *Wampou* habían podido borrar de su memoria la idea de aquella hermosa Francia, que no había dejado sino con la esperanza de servirla así mejor.—Obligado por los caprichos de la suerte, á abandonar la carrera de las armas, despues de haber combatido valerosamente por la independencia de la Grecia, Mr. de *Montigny* entró en su nueva carrera con el mismo vigor y decision, que le habían valido, en las filas de los helenos, la estimación y afecto del general *Fabier*.—Nombrado cónsul en *Shang-hai*, llegó á aquel puerto en noviembre de 1847 en un buque mercante inglés, encontrándose en dicho puerto—que jamás había sido visitado por ningun otro barco francés que por la corbeta *L'Alcmène*,—con el cónsul de su magestad británica, favorecido por la alta consideración que no podían menos darle los grandes intereses que representaba, el brillo de las victorias recientemente alcanzadas, y el fastuoso aparato desplegado al establecer el consulado, cuyo entretenimiento cuesta á la Gran Bretaña, cerca de 100.000 francos al año.—Cualquiera otro que no hubiera sido Mr. de *Montigny*, se habría acobardado al aspecto de aquella superioridad de posición; pero el nuevo cónsul de Francia había formado parte de la expedición de Mr. de *Lagrené*;—había seguido con un vivo interés el curso de las negociaciones, por las que se habían arrancado á la corte de *Peking*, sus primeras promesas de tolerancia religiosa; se consideraba enviado á *Shang-hai*, no solo para proteger allí á los súbditos franceses,—si es que había alguno establecido en aquellos puertos,—si que también destinado á echar allí la semilla de ulteriores transacciones, única base en su concepto, de la que podían surgir la conquista moral del país, y la seguridad de nuestra influencia en él, para el porvenir.—Penetrado de la importancia de su misión y exaltado por esas grandes esperanzas, propias únicamente de las naturalezas vigorosas y de las almas esforzadas, Mr. de *Montigny* se propuso neutralizar la visible preponderancia del cónsul inglés, procurando siempre y en todas ocasiones, marchar y sostenerse á su misma altura.—Verdad es que ni disponia de la fuerza necesaria para hacerse temer, ni del fausto y pompa suficiente para alucinar: no contaba mas que con el temple particular de su carácter, con su actividad, y con el nombre de la Francia, casi ignorado del todo en el Norte de la China, haciendo tan buen uso de este nombre y del de Mr. de *Forth-Rouen*—que cual otra espada de *Dámocles*, estaba constantemente suspendida sobre la cabeza del desgraciado *Taou-tai* (1)—que al cabo de algunos meses, nuestro cónsul, desembarcado en el muelle de *Shang-hai* por una mala canoa extranjera, hacia temblar á las autoridades chinas, exigia para Francia la concesión de un terreno tan vasto como el conce-

(1) Con este nombre designan á la primera autoridad de *Shang-hai*.



A todo el que madruga, Dios le ayuda:
Que madrugue en Madrid si hay quien lo duda.

dido á la comunidad inglesa, y patrocinaba, haciéndolas respetar, á las misiones católicas, en las dos provincias del Kiang-nan y del Che-kiang. La aparición de la *Bayonnaise*, en las aguas del Wampou, y la presencia del ministro de Francia á bordo de nuestra corbeta, no podían menos de asegurar mas y mas los resultados obtenidos ya por Mr. de Montigny, cuya alegría al vernos, era doblemente viva y sincera con este motivo.

Por nuestra parte, quisimos demostrar igual actividad, y al día siguiente, aunque el viento no cesó de sernos contrario, aprovechamos la subida de la marea, para avanzar en el rio.—Esta vez aparejamos sin desplegar una vela, deslizándonos por entre los juncos chinos, cuyos débiles costados de bambú rozábamos de vez en cuando, sin levar apenas nuestras áncoras, que llevábamos suspendidas rozando casi con las arenas del fondo, soltándolas solo cuando nos veíamos precisados á detenernos para dejar lugar á algun *sampan* obstinado que se nos ponía al paso, que recogiera su cable y nos le dejara franco.—No obstante tuvimos necesidad de esperar á la pleamar, para salvar una barra interior que atraviesa el rio un poco mas abajo de Wossung;—durante esta parada inevitable cam-

bió el viento, y á las dos de la tarde volvimos á aparejar de nuevo, marchando rio arriba por medio de un nublado de velas.—No es posible imaginarse golpe de vista mas monótono que el que presentan aquellos inmensos aluviones entre los que se pierde el sinuoso curso de este rio.—La comarque y las orillas del Charente inferior, son pintorescas y risueñas al lado de estos terrenos cenagosos, que no ofrecen á la vista del espectador sino una estension ilimitada.—La colinilla de Montmartre, situada en estas planicies, seria un Himalaya—si, ricas en mieses de toda especie, aquellas fértiles campiñas, no careciesen sin embargo de toda clase de árboles, sin encontrarse en ellas el menor accidente en el terreno, constituyendo asi la tierra prometida á los ojos del labriego, y el caos, la nada, para el alma del poeta.

El sol se habia puesto ya, despues de haber recorrido las infinitas vueltas y revueltas del Wampou, cuando surcábamos las aguas de Shang-hai, en donde dimos fondo á algunos metros de distancia de sus muros:—agrupados á lo largo de aquellos altos y seguros muelles, veíanse los primeros y principales edificios de la ciudad europea, tales como la Cancillería Británica, el Consulado de los

Estados Unidos, y las suntuosas residencias de los negociantes ingleses y americanos; á nuestra espalda elevábanse las humildes techumbres del barrio de la poblacion indígena, dominadas por el pabellon del Consulado de Francia, y un tanto ocultos por los altos diques de los buques de Sidney, de New-York y de Liverpool; un poco mas allá y colocados en línea, descubriábase los juncos del Fokien y del Shang-Tong, ocupando la orilla izquierda del rio;—al ver aquella multitud de mástiles dibujándose en el sombrío azul del cielo y la infinidad de banderines y gallardetes que agitaba la brisa dulcemente, parecia la escuadrilla un escuadrón de lanceros, aguardando impasible el momento de la carga;—pero bien pronto palideciendo los últimos reflejos del sol poniente, todos los objetos empezaron á confundirse en el horizonte, y la inmensa flotilla no era ya sino una masa indistinta y confusa que desapareció completamente á nuestra vista, con los últimos fulgores del crepúsculo.

Bien hubiéramos querido nosotros reconocer toda la ciudad al día siguiente, tanto mas, cuanto que no habia en ella ningun recinto reservado que nos impidiese conocer de cerca la existencia de los hijos del Celeste Imperio, y cuando tampoco habia santuario alguno en que estuviese prohibido entrar á los europeos, como nos habia sucedido en Canton; pero las rigurosas leyes de la etiqueta hubieron de encadenar nuestra libertad y la de Mr. de Forth-Ronen nuestro comandante, á quien por mucho que contrariasen tan impertinentes fórmulas, no podia prescindir de ellas, ni dejar de observarlas en toda la integridad debida á la vida oficial;—asi que obligados á cubrir con nuestros uniformes, á la manera de un manto vivo, el cuerpo del representante del pueblo francés, en aquellas remotas regiones, tuvimos que torturar nuestra impaciencia, durante veinte y cuatro horas mas, pagando á tan poca costa, el honor de haber conducido á Shang-hai, el sucesor de Mr. de Lagrené.

FEDERICO PEREZ DE MOLINA.

SOLUCION DEL GEROGRAFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Labra mientras el perezoso duerme, y tendrás trigo para vender y guardar.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.

ALMANAQUE LITERARIO

DEL

MUSEO UNIVERSAL

PARA EL AÑO DE

1861,

ESCRITO POR

PALACIO, VIEDMA, SOLER, VILLANUEVA, INZA, ALARCON, HARTZEMBUSCH, AYALA, MURGUI, DACARRETE, PUENTE Y BRAÑAS, RIVERA, FORTEZA, MONLAU, BUSTILLOS, CORREA, PICON, JANER, FLORENTINO SANZ, LUIS DEL BARCO, RUIZ AGUILERA, BUQUER, ETC., ETC.

Los señores suscritores al MUSEO UNIVERSAL que sigan siéndolo tambien por todo el año próximo de 1861, lo recibirán como regalo, y se les remitirá inmediatamente que tengamos aviso de la renovacion de suscripcion. Véndese á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias franco el porte.